

vos europeos á los mahometanos de Egipto, Siria y Africa. Una extension notable adquirió el comercio bizantino segun ya dijimos en otro capítulo, cuando los búlgaros empezaron á adoptar algunos usos de la vida civilizada y á hacerse varios de ellos tambien comerciantes; pero mucha mayor fué la extension del comercio y la exportacion de productos bizantinos cuando el imperio entró en contacto con los rusos, que tanta disposicion natural tienen para el tráfico y que luego obtuvieron exencion de derechos de aduanas. Durante mucho



Brocado de oro sobre fondo encarnado, tejido en Constantinopla (1)

tiempo los rusos importaron en el imperio pieles, miel, cera y prisioneros de guerra para venderlos por esclavos, en cambio de artículos de lujo, principalmente especias y sobre todo pimienta, frutos meridionales, vino, tejidos preciosos de seda, brocados de oro y plata y otros. Comerciantes rusos acudían á Querson y á Constantinopla, mientras comerciantes griegos subían por el Dnieper, que era la gran arteria mercantil de Rusia, é iban hasta Kieff, capital de este imperio, desde 822. No tardó en hacerse tambien gran plaza de comercio, principalmente depósito de géneros bizantinos, la ciudad de Novogorod, donde se proveían los escandinavos. Estos llamaban á la Rusia *Grecaland* y *Girkland*, es decir Grecia, ya por los géneros griegos que allí compraban, ya porque la religion rusa era la de la Iglesia griega. Hasta Constantinopla llegó tambien un comerciante escandinavo con su buque, un tal Gris Sámington que vivió por el año 1000. La incorporacion de los rusos á la Iglesia griega contribuyó mucho al comercio entre el imperio bizantino y el pueblo ruso, porque los sacerdotes y prelados rusos dependían del patriarca de Constantinopla que los consagraba, y en la misma capital se proveían sus iglesias de los adornos, vasos sagrados y demás efectos para el culto. Tambien recibían los pueblos eslavos del Norte los géneros bizantinos por la vía de Rusia ya desde Kieff ya desde Novogorod, siendo uno de los puntos principales á los cuales proveían los comerciantes rusos por mar la ciudad eslava de Yumne en la costa de Pomerania.

(1) Supónese que el obispo Conrado de Halberstadt lo trajo en 1208 á su país como parte del botín que los occidentales hicieron el día en que tomaron Constantinopla. Hoy forma parte del museo germánico en Nuremberg.

Para el consumo del centro de Europa era la plaza mas importante Maguncia que recibía las mercancías bizantinas por la vía de Venecia. De Maguncia se reexpedían por el Rhin hasta Inglaterra, aunque los príncipes y dignatarios de la Iglesia de este país solían llevarse desde Roma cuando visitaban esta capital, los ricos tejidos de seda que gastaban y otros objetos, porque Italia, como el país mas civilizado, era tambien el que consumía mas géneros bizantinos. Desde el momento en que los papas fueron señores de Roma se hizo en aquella capital gran consumo de aromas orientales y de especias y no menos de telas de seda de púrpura, de tapices y alfombras principalmente para las ceremonias del culto: objetos que eran en su mayor parte productos de la industria griega y fabricados al gusto de la Iglesia de Oriente que tenía su centro en Constantinopla. A este consumo propio de Roma se agregó el de muchos pueblos septentrionales y occidentales cuyas iglesias se proveían tambien en Roma de todos los objetos de lujo. El comercio entre Roma y la Italia en general y los puertos bizantinos estaba en manos de los súbitos griegos de la Italia meridional y se concentraba principalmente en Amalfi, y en menor escala en los puertos de Bari, Trani, Brindis y Tarento. Los ciudadanos de Amalfi tenían ya en los siglos IX y X relaciones mercantiles provechosas con los mahometanos del Africa y en especial con el Egipto, pero no llegaba este comercio á tener la importancia del que mantenían con el imperio bizantino del cual formaban parte y cuya soberanía acataron hasta el año 1079. Muchos de sus hijos servían en el ejército y en la escuadra bizantinas: Amalfi y Venecia eran las dos plazas rivales que proveían á los demás países de géneros bizantinos, y los comerciantes de la primera plaza sabían arreglarse de modo que vendían en el extranjero cierto tejido de seda, color de púrpura, cuya exportacion estaba prohibida.

Para formar una idea de la importancia del comercio de los ciudadanos de Amalfi basta saber que constituían una parroquia en Constantinopla con su iglesia y un convento propios, y que tenían allí su barrio con sus tiendas y almacenes. En el siglo XI dirigía la parroquia el sabio y poderoso abad Pantaleon que regaló puertas de bronce hechas en Constantinopla á varias iglesias y conventos de Italia; primero, antes de 1066, á la catedral de su patria Amalfi; luego en 1070 á la antigua y célebre de San Pablo extramuros de Roma y en 1076 al famoso santuario del Monte Gárgano, punto favorito de peregrinacion. Siguiendo su ejemplo el abad Desiderio mandó tambien hacer puertas de bronce en Constantinopla para su iglesia del Monte Casino; y cuando reconstruyó su monasterio encargó á los artistas de la misma ciudad todos los objetos de bronce, oro y plata y demás cosas de lujo incluso las pinturas.

Todo este comercio cesó para Amalfi cuando esta plaza cayó en 1073 en poder de los normandos; y desde entonces quedaron los venecianos casi los únicos mediadores entre los puertos del imperio bizantino y los del Occidente. Este resultado era natural, porque sus relaciones con Constantinopla tanto políticas, como mercantiles y militares eran antiquísimas, habiendo tomado mucha parte en las guerras del imperio. Al principio le habían provisto de paños, madeiras de Dalmacia para construcciones navales; armas ó cuando no, hierro de Estiria, y esclavos. En el curso del siglo X había tomado su comercio con Constantinopla un incremento extraordinario; y tan frecuentes y regulares eran sus relaciones que sus buques llevaban la correspondencia de la Italia septentrional y de Alemania á la capital del Cuerno de Oro, por cuya razon pudieron tambien como los de Amalfi eludir la prohibicion que pesaba sobre la exportacion de determinados tejidos de seda del imperio. Así en marzo del

año 992 el dux Pedro II Orseolo, que ejerció el poder desde 991 hasta 1009, logró hacer con el emperador Basilio II un ventajoso arreglo de los derechos que habían de pagar en los puertos del imperio los cargamentos venecianos, y en este arreglo quedaron abolidos todos los vejámenes y abusos de los funcionarios griegos. El derecho que en adelante había de pagar cada buque veneciano á su entrada en el estrecho de Abidos quedó fijado en dos sólidos de oro, y el de salida, es decir de exportacion en 15 sólidos de oro llamados *bizantinos*. Quedó prohibido á los navieros, so pena de perder sus privilegios, declarar como productos venecianos los de otras ciudades; y á fin de librar á los venecianos

de los vejámenes, impertinencias y venalidad de los empleados inferiores, se les permitió tratar directamente con el empleado mas alto de hacienda en los puertos donde comerciaban. En cambio se obligaron á aprontar siempre los buques de transporte necesarios para la traslacion de las tropas bizantinas á la Italia meridional.

En el año 1000 fué ya Venecia bastante poderosa para aniquilar con su escuadra á los piratas eslavos de la costa de Dalmacia en una sangrienta campaña, y no estaba lejos el día en que debía figurar en el horizonte político como potencia rival del imperio bizantino. En la parte segunda trataremos de la decadencia del poder de Constantinopla.

PARTE SEGUNDA

DESDE BASILIO II HASTA LA CRUZADA DE LOS PUEBLOS NEO-LATINOS.

CAPITULO PRIMERO

LOS COMNENOS

El emperador Basilio II, al morir á fines del año 1025, dejó á sus sucesores una mision levantada, grande y fructífera. Si entonces hubiese tenido el imperio la suerte de ser regido durante un período conveniente por uno ó varios monarcas que hubiesen sabido aprovechar con mano firme y enérgica, pero con dulzura y talento los resultados conseguidos por Basilio II con sus armas y su terrible energia, el vasto y deslumbrador imperio podría haber contado con un porvenir tan halagüeño como duradero. Para esto no se necesitaban talentos extraordinarios ni brillantes; habrían bastado monarcas de genio práctico y accesibles á lo que aconsejaba la prudencia mas vulgar. Esta gran mision consistía en saber asegurar al imperio sólida y hábilmente la posesion del territorio de los búlgaros recientemente anexionado, y en utilizar de la misma manera todas las ventajas que daba su posesion y los recursos que bien gobernado podía ofrecer, no limitándose á la simple introduccion de colonos armenios y griegos ni á la traslacion de tribus búlgaras á las comarcas fronterizas de Asia.

Por desgracia del imperio sucedió todo lo contrario.

Si antes de Basilio II había pasado mucho tiempo sin que el cetro bizantino cayera en manos de un monarca de genio y de talento, mas tiempo todavía pasó despues de la muerte de Basilio, precisamente cuando mas necesitaba el imperio una cabeza hábil y enérgica para escarmentar y desviar de su territorio dos enemigos nuevos y peligrosísimos que casi simultáneamente se presentaron en las fronteras orientales y occidentales. Fueron estos los turcos seldyúcidas y los normandos, precursores fatídicos de las razas que despues aniquilaron real y definitivamente el imperio de Constantinopla. Contra semejantes enemigos no fué dique suficiente la tradicion de los méritos de muchos miembros de la dinastía de los Basilio, aunque por el largo tiempo que había regido los destinos del imperio casi había adquirido el carácter de lo que posteriormente se ha llamado y se llama hoy dinastía legítima. Gracias al reinado enérgico de Basilio II pudo sostenerse

en el trono la misma familia aun representada por mujeres, y pudieron sus generales, discípulos de aquel emperador, sostener la dignidad y el honor del imperio en sus fronteras.

A la falta de un monarca de gran talento se agregó un hecho todavía mas grave. El largo período de emperadores débiles, cuyo único apoyo eran las tropas mercenarias, compuestas de germanos del Norte de Europa, facilitó la formacion y crecimiento exuberante de un elemento histórico moderno: la aristocracia que manifestándose por la aparicion de familias de apellidos fijos, tenía un carácter esencialmente descentralizador, y tendía á destruir la unidad y la fuerza central del gobierno.

A medida que el principio y el poder monárquico se desarrollaban y arraigaban cada vez mas, los grandes propietarios y en general todas las clases mas poderosas de la sociedad, fueron tomando paso á paso el carácter de una especie de nobleza, como la que había empezado á presentarse en el último período del imperio romano. Ya en los siglos oscuros de las luchas contra las invasiones de los eslavos en que cada pueblo, distrito y comarca peleaba aisladamente por su existencia, se había formado en las ciudades griegas una especie de *arcontado* que en su actitud y hasta en las luchas y violencias de los partidos locales se parecía mucho á la municipal de las ciudades italianas. Además de esta nueva creacion social habíase formado insensiblemente, sobre todo en el Peloponeso y en el Asia Menor una verdadera aristocracia territorial, poderosa y opulenta cuya existencia y cuyo espíritu inspiraban á los emperadores serios cuidados por diferentes motivos. Desde que en el siglo IX quedó definitivamente abolido el sistema irracional de hacer responsables á los grandes propietarios del cupo total de la contribucion territorial de su distrito respectivo, habíase mejorado la posicion y despedido libremente el poderío de estos grandes de provincia.

La tendencia natural de reunir grandes y dilatados dominios con su poblacion sierva mas ó menos adicta á la gleba, de origen eslavo puro ó greco-eslavo recibió entonces grande impulso en las provincias europeas. En cuanto á las asiáticas los grandes propietarios procuraron valerse de toda clase de medios para extender como primer paso una especie de patronato sobre la poblacion rural libre, y absorber despues ya

por la fuerza bruta ya por coacción moral, todas las propiedades pequeñas y ensanchar así sus latifundios á expensas de la gran masa de la población.

Contra esta tendencia que tan perniciosa había resultado en Italia y Francia para el imperio romano de Occidente en su último período de existencia, había trabajado ya Justiniano I, y todos los emperadores en general habían seguido la misma conducta dictando medidas, á menudo draconianas, en favor y con el aplauso y apoyo de los pequeños propietarios. Los emperadores Teófilo y Romano I hicieron una ruda guerra á esta nueva especie de nobleza; Constantino VII publicó en 947 la ley que despojaba á los grandes propietarios de los terrenos y patrimonios adquiridos de gente pobre, especialmente de soldados retirados á la vida rural, obligándoles á devolverlos sin indemnización ni restitución del precio ó valor de la compra. Basilio II también luchó sin cesar contra la preponderancia de los dueños de latifundios, y lo mismo hizo despues Alejo I. Ambos se apoyaron en el clero y, para obtener su auxilio, renunció á seguir la lucha emprendida por Nicéforo Focas contra la acumulación de bienes en manos muertas.

Si la concentración de la propiedad inmueble en pocas manos era perjudicial bajo los puntos de vista económico y militar, porque disminuía igualmente el número de familias labradoras acomodadas y libres, y el de ciudadanos defensores de la patria, no lo era menos para los emperadores en concepto político, porque evidentemente una opulenta aristocracia territorial no estaría mucho tiempo dispuesta á dejarse gobernar despóticamente por autócratas de poder ilimitado; y la ambición que muchos de estos grandes mostraron en períodos de regentes débiles ó de menor edad, así como su influencia en las guerras civiles á que tan propenso había sido el imperio bizantino desde su origen, eran consideraciones y síntomas de mucho peso para todo monarca vigoroso y enérgico. Lo peor para la existencia del imperio fué la fuerte tendencia particularista que esta nueva aristocracia tomó de los grandes señores feudales de Francia y Alemania, al mismo tiempo que adoptaba sus costumbres caballerescas como el desafío y combate singular, tanto que finalmente en las provincias europeas estos grandes propietarios se transformaron en verdaderos barones al estilo de los del Occidente, con la diferencia de que eran inmensamente mas cultos, y civilizados y mucho menos caballerescos. Paso á paso aparecen al lado de las familias aristocráticas armenias, otras eslavas y búlgaras, y finalmente en el siglo x también griegas; de suerte que á principios del siglo xi habían ya adoptado apellidos hijos la mayor parte de las familias principales que figuraron en adelante en la historia del imperio, como los Ducas, los Comnenos, los Paleólogos, los Melisenos, los Camateros, los Dalassenos y muchísimas otras, que se citan hasta las postrimerías del imperio y hasta el último Paleólogo.

En el curso de esta obra veremos cómo la rápida pujanza de esta aristocracia llegó á conmover, á herir, y finalmente á deshacer, desde la muerte de Basilio II, el sistema de centralización consecuente y vigorosa, tan hábil y sábiamente combinado, de la administración y organización del imperio bizantino.

Esta nobleza, ya antes de adoptar el carácter aristocrático feudal que entonces empezaba á dibujarse en Europa, se hallaba muy disgustada de la frecuencia con que cabalmente los Basilioes confiaban á enuucos los cargos y empleos mas importantes del imperio en la administración, ejército y escuadra (1). Despues, cuando murió Basilio, los nobles

(1) Se supone por algunos que en tiempo de los Basilioes no tenía la palabra *enuuco* el sentido que le damos hoy, sino que significaba criado, lacayo ó servidor de palacio. (N. del T.)

encontraron ancho campo para su tendencia ambiciosa bajo el reinado de los sucesores del grande y enérgico emperador, los cuales con mano desgraciada confiaron los empleos mas importantes á gente inepta.

Sucedió á Basilio II su hermano Constantino VIII persona como Basilio de aspecto imponente, pero que sin tener ninguna de sus grandes cualidades, tenía todos sus defectos. En este reinado experimentó el imperio todos los inconvenientes del régimen absoluto. De la incansable actividad, energía, valor y talento de gobierno de Basilio no tenía Constantino VIII ni la mas leve huella. Si el primero había representado brillantemente el anverso del absolutismo bizantino, vióse en su hermano el reverso. Entregado exclusivamente, ya en vida de su hermano, á los goces sensuales, mientras Basilio llevaba la pesada carga del gobierno y de sus grandes é interminables guerras, solo se ocupó, desde que subió al trono, en gozar de los placeres que su nueva posición le ofrecía; los regalos del palacio, la caza y el hipódromo eran sus únicas ocupaciones desde la mañana hasta la noche. Tirano cobarde y receloso, no tenía ninguna cualidad guerrera, y miraba al ejército con secreta pero invencible desconfianza. Sospechando de todos, inclinábase á la crueldad, y perjudicó grandemente al imperio, por no fiarse de los hombres importantes é influyentes en la capital, proveyendo los altos empleos del Estado en libertos y eunucos, á imitación de los últimos Césares, y rompiendo así con todas las tradiciones y prácticas mas consagradas por los siglos, en la administración civil y militar, y en el servicio de palacio. Lo peor de todo era que aquellos miserables instrumentos del autócrata no tenían ni el talento, ni la práctica de sus empleos que distinguieron á los famosos «lacayos» del antiguo emperador Claudio, y que á tal gente fueron confiados también los mandos importantes en el ejército y hasta el de las tropas extranjeras y en puntos tan delicados y difíciles como la Iberia asiática ó Georgia y Antioquía.

En la recaudación de los impuestos Constantino VIII fué también mucho mas duro y hasta cruel que su predecesor, al mismo tiempo que el pueblo veía consumirse los fondos públicos únicamente en los despilfarros del necio que parecía no haber subido al trono mas que para inutilizar la obra grandiosa de su hermano. Por fortuna fué corto el reinado de este autócrata, aunque grande el número de errores capitales que cometió, con muchos actos viles y sanguinarios; pero el hecho de que un emperador tan vicioso é inepto hubiera podido cometerlos impunemente, explica el prolongado reinado de la dinastía de los Angelos con sus imbecilidades y errores verdaderamente espantosos, y la consiguiente debilidad, á primera vista inconcebible, que presentó el soberbio imperio bizantino cuando lo atacaron las naciones neo-latinas del Occidente.

Por lo pronto estaba tan sólidamente construida y tan bien trabada la obra política grandiosa de Basilio II, que pudo resistir muchos y recios golpes antes de conmoverse y quedar resentida su solidez; y á pesar del desgobierno de su sucesor conservóse tan intacto el espíritu antiguo en el ejército y en la escuadra, que Constantino Diógenes pudo arrojar al otro lado del Danubio en el año 1027 un ejército de pechenegos, y los comandantes de las islas de Chio y Samos pudieron rechazar también victoriosamente del Mar Egeo una escuadra sarracena del Africa.

Constantino VIII murió el 21 de noviembre despues de haber causado solo desgracias, y cometido crueldades como quitar la vista á muchísimos hombres notables y de mérito por temor de que le dañasen aprovechando el descontento que se iba generalizando contra su persona. Dejó este tirano tres hijas solteras, aunque ya de bastante edad. La mayor,

Eudoxia, había entrado en un convento, por cuya razón su padre quiso dejar la corona y la mano de una de sus dos hijas libres todavía al patricio Romano Arghiros, hombre instruídísimo, de gran talento y pariente suyo, á quien poco antes de morir y siguiendo el consejo de Simeon, jefe de la guardia de palacio, designó por yerno y sucesor suyo. El agraciado era ya sexagenario y casado, á pesar de lo cual divorciándose de su mujer, que se retiró á un convento, se dispuso á casarse con la hija menor del emperador difunto, la noble Teodora. Pero Teodora no quiso admitirle en semejantes circunstancias por esposo y entonces Romano se casó con la hija segunda del emperador el 19 de noviembre de 1028. Era esta la princesa Zoa que contaba á la sazón 48 años, y aunque había sido hermosa, había quedado desfigurada por las viruelas. Era, por lo demás, mujer robusta, de bellas formas é imponente aspecto como todos los descendientes de la hermosa Teofana, y conocida además en la capital desde larga fecha como mujer sensuálísima y material.

Dos días despues de la muerte de Constantino, tomó el esposo de Zoa, con el nombre de Romano III, las riendas del gobierno, y entonces dió principio un período de casi 30 años, durante el cual la corte del imperio fué teatro de todos los accidentes que acompañan por lo regular á los reinados de mujeres. Allí se sucedieron toda clase de intrigas, las camarillas, los caprichos de los gobernantes, la política personal, la influencia y los manejos interesados ó necios de favoritos, y según la práctica antigua bizantina innumerables conjuraciones, de suerte que no fué el jefe del Estado la figura mas influyente en la historia de este período.

Seguiremos pues trazando primero la historia interior del palacio, de la capital y del imperio hasta la muerte del último soberano de la dinastía de los Basilioes, y despues mostraremos cómo el imperio, por consecuencia de los trabajos colosales de Basilio II, pudo, á pesar de las nubes siniestras, preñadas de grandes tempestades, que se acumulaban en sus fronteras, conservar su aspecto exterior imponente todavía durante un largo período.

Romano III que sabía muy bien que solo por ser esposo de la hija de Constantino VIII había sido proclamado emperador, y no por sus méritos personales, hizo todo lo posible para crearse un partido propio en todas las clases de la sociedad. Favorecióle desde luego una extraordinaria cosecha de aceitunas y de trigo en el año 1028 como jamás se había visto tan abundante; y el emperador aumentó la alegría general, rescatando á todos los cautivos que los pechenegos se habían llevado á su territorio al otro lado del Danubio en su última invasión; mandando cesar las persecuciones políticas debidas á la suspicacia inquieta de su predecesor; condonando las contribuciones á los morosos y pagando las deudas de todos los que estaban presos por insolventes. Por otro lado entusiasmó á los grandes propietarios territoriales aboliendo la ley que hacía responsables á estos aristócratas del cupo total de contribución territorial de su distrito respectivo, ley introducida por Basilio II para poner freno á las expropiaciones de esta clase. Al clero de la basílica de Santa Sofía le contentó con una subvención anual considerable, mostrándose por lo demás tan liberal para la iglesia, ya con regalos y donativos, ya con nuevas construcciones, que el mismo clero se resistió á apoyar tan excesiva generosidad mostrada á costa del pueblo contribuyente. Entre las construcciones religiosas de este emperador fueron las mas célebres la iglesia dedicada á Nuestra Señora, y el convento de Semneion, al cual dotó de pingües rentas. También gastó cuantiosísimas sumas en la ornamentación de las iglesias de Santa Sofía y de las Blaquernas, en las cuales además hizo dorar sólidamente los capiteles de las columnas. También consiguió del califa Daher

del Cairo por medio de negociaciones el permiso de restaurar la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalem, destruida en el año 1048 por el fanático Hakem-Aziz. Sin ser militar tuvo el buen acierto de abandonar el sistema desacertado que su predecesor había introducido en el ejército, y la gran fortuna de encontrar en Jorge Maniaces, uno de los jefes mas jóvenes del ejército de Asia, un militar que volvió á levantar muy alta la fama de las armas bizantinas.

En el reinado de este soberano bondadoso padecieron muchísimo varias comarcas del Asia Menor por efecto de terremotos, epidemias y langosta, pero estas calamidades fueron al fin menos fatales que las intrigas de camarilla de la corte. El comportamiento de la preclara princesa Teodora antes del casamiento de Romano con Zoa, y de su elevación al trono, había dejado en el corazón de ambos una invencible aversión á la hija menor de Constantino, la cual por este motivo fué blanco de bajas intrigas. Primero nombró Romano mayordomo de palacio de su cuñada Teodora á un antiguo ministro de Basilio II llamado Juan, con la misión secreta de espiar todos los actos de la princesa. Despues fué acusada esta de mantener relaciones con el príncipe Prusias, hijo de Uladislao, último rey búlgaro, para preparar el destronamiento de Romano, y sentarse ella en el trono. Este príncipe Prusias era altamente antipático al emperador porque reinando Constantino VIII había tenido un desafío con Basilio Scleros, cuñado de Romano y nieto de Bardas. Scleros fué puesto preso y como quisiera fugarse fué privado de la vista según la costumbre bárbara de la época; pero cuando Romano subió al trono repuso en seguida á su cuñado en la dignidad y cargo que había desempeñado antes del duelo en la corte. Estando así las cosas, el príncipe Prusias que tenía el cargo de magister y mandaba el batallón de Bucelarios, formado por tropa de Bitinia y Galacia, y acantonado entre Heraclea y Ancira, fué acusado de alta traición y condenado también á perder la vista, sin que se sepa si la acusación era fundada ó no. Su madre, la ex-reina búlgara, fué encerrada en el convento de Mantinea, en el distrito de Bucelarios. Semejante conducta despertó el odio y el temor en las personas de posición elevada, y desde entonces conspiraron mas que nunca, ya por afecto á la princesa Teodora, ya por su propio interés y seguridad.

Poco tiempo despues descubrióse que el célebre Constantino Diógenes, casado con una sobrina del emperador, y nombrado comandante de Salónica, mantenía relaciones sospechosas con jefes búlgaros y eslavos. Temiendo provocar desórdenes con su prisión, se le trasladó primero de la capital al distrito militar de Tracesion, situado entre Tiatira, Sardis y Cibira en la Lidia y Caria, donde se le prendió y se le formó causa. Resultó culpable y fué encerrado en el convento de Estudion donde profesó en seguida. Entre las muchas personas elevadas que resultaron complicadas en la conspiración figuró también el nuevo mayordomo de palacio de la princesa Teodora. Todos fueron azotados públicamente y desterrados despues; el ciego Prusias fué también encerrado en un convento, y la princesa Teodora fué presa y llevada al monasterio de Petrión situado en el extremo del puerto de la capital, donde se la obligó á profesar. El desgraciado Diógenes se arrojó por la ventana del convento donde estaba encerrado, prefiriendo el suicidio á perder la vista y ser azotado, porque el arzobispo de Salónica le había acusado de que tenía el proyecto de evadirse á la Albania y presentarse allí como pretendiente al trono.

Romano III murió despues de una larga enfermedad el 11 de abril de 1034, y apenas fué sepultado cuando la emperatriz viuda elevó al trono á un joven bellísimo, agraciado y elegante, hasta entonces criado de su difunto esposo, y se casó